

Y AURÍA

Cristian Lindo Pablo

Y AURÍA

**ESDRÚJULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN DIÁSTOLE}

Primera edición, diciembre 2021

© Cristian Lindo Pablo, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

Esta edición ha sido auspiciada por la Universidad de Granada.

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Álvaro Martín López

Maquetación: Ana Pérez Gallego

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1694-2021

ISBN: 978-84-124605-7-5

Impreso en España · Printed in Spain

A Margarita, por el amor y la memoria

Yauría

En la aldea hay siempre una luz crepuscular,
me dijo. Nunca es de día ni de noche.
No hay crepúsculo matutino ni vespertino.
El crepúsculo está en la cara de la gente.

HERTA MÜLLER

Luz de luna

La luna volvió después de la última lluvia, cuando ya todo había terminado. Volvió para iluminar nuestras ruinas, las lágrimas de mi madre y la angustia de sus manos: rama de piel y de barro a la que ahora me aferro para contarle mi asombro, porque en la oscuridad es la única manera de decirle lo que siento. En la oscuridad cuánta falta hacen las palabras, y las mías solo se oyen claras en mi mente. Cada vez que quiero decirlas o gritarlas, de mi boca solo sale un chillido insoportable, como el de los pericotes que se escondían debajo de mi cama, antes de que esta se convierta en un pedazo de plástico y una frazada polvorienta. Mi madre comprende mi asombro y envuelve con su mano tibia la frialdad y la ansiedad de la mía. En este momento quisiera preguntarle si la luna se quedará allí para alumbrarnos todos los días, pues tal vez a ella le da pena que las noches las vivamos en medio de tantas tinieblas. Lamentablemente mis manos nunca fueron capaces de decir tantas cosas, y creo que si yo pudiese hablar tampoco sería capaz de decirlas. Así es que ahora cierro mis ojos, y en mi propia noche vuelvo a encontrar aquel cuerpo

tímido y plateado, y le digo, con mi voz más hermosa: «Te quedarás aquí para siempre».

Cuando volví a abrir los ojos ya era de día, y vi a mi madre sentada sobre una ruma de adobes. Se encontraba contemplando los restos de las decenas de casas de donde escapaban gemidos de hombres y animales. Ni una sola pared había podido resistir el movimiento rabioso de la tierra. Hasta la cruz de la capilla del pueblo donde la gente solía guardar su fe, ahora era parte de nuestra tragedia. Pero pronto me di cuenta de que mi madre no miraba la cruz caída y mutilada, ni la tragedia de los demás, ella contemplaba el huarango que solía enredarse en el techo de la casa de don Víctor, y que en medio de tanta ruina parecía un gigante de brazos caídos ante la muerte de su compañero. Su mujer y sus dos pequeñas hijas acompañaban la desolación del gigante. Mi madre también quería llorarlo, arrancarlo de la tierra donde descansaba su cuerpo y llevárselo a un lugar donde solo ella pudiera velar su muerte. Pero no pudo hacerlo, contuvo la rabia, el amor y la tristeza, y me pidió, con la voz rota, que envolviera en una frazada lo poco que teníamos para marcharnos a la casa de mi tía Hermelinda, quien vivía en Huamanguiya, al lado del río, rodeada de árboles de mangos y de pecanas. Pero lo que mi madre quería realmente era huir, para llorar la muerte del hombre que amó, sin sentir remordimientos, y sacarse a gritos tanto amor y dolor contenidos. Por eso se la pasó todo el camino humedeciendo la tierra de lágrimas, y maldiciendo a cada lagartija que se nos cruzaba. Esa tarde supe que odiaba a todo el pueblo: a los García, a los Huayta, a los Aquino, porque todos la juzgaban por amar a un hombre que no era el suyo. Además, por alguna razón, también empezó a

maldecir a mi padre. Habló de sus mentiras, de su cobardía y su deslealtad, y del pedazo de papel donde dejó el adiós que nunca se atrevió a pronunciar. Esa fue la primera vez que le escuché decir tantas cosas sobre él. Debió dejarnos cuando era muy niña, porque cada vez que intentaba recordarlo lo único que la memoria me traía eran sombras y silencio. Las pocas veces que intuyó mi curiosidad sobre él, ella me respondía siempre lo mismo: «Imagina que ya está muerto, Micaela». Lo decía sonriendo, y con el tono con el que se dicen las cosas que ya no tienen importancia. Y esa también fue la forma en que fue creciendo la imagen de mi padre dentro de mí: la de un fantasma, una presencia que era más olvido que recuerdo. Hasta aquella tarde rumbo a Huamanguiya, cuando llegué a entender, por primera vez, que esa sombra era capaz de hacernos daño, y entonces comprendí, con mi primer y único rencor, que yo también debía odiarlo.

A mitad del camino, junto a una cruz rodeada de piedras y espinas, ella dejó de llorar. Era la tumba de Santos, su primer amor y su primera muerte. Hace diez años lo encontraron en este mismo lugar, tendido en la tierra con los ojos secos reflejando el cielo. Esta tumba fue inventada por mi madre, porque el cuerpo de Santos estaba en cualquier parte, menos debajo de esta cruz que ella plantó para volver cada vez que quería recordarlo. Lo único que le quedaba de la muerte de Santos era este espacio, que pudo ser un lugar más de este desierto, si no fuera porque las últimas gotas de sangre del hombre que amó se anidaron en este pedazo de tierra. Y fue su sangre lo único que ella encontró cuando quiso despedirse de él. La familia de Santos desapareció el cuerpo al poco tiempo de saberlo muerto. Los rumores de quién pudo ser el

autor de los disparos que le atravesaron el pecho llegaron al corazón de Amalia y lo detuvieron por un instante, hasta que poco a poco cada latido se fue convirtiendo en el impulso de su dolor y de su rabia. «A Santos lo mataron porque no quería vender las parcelas de tierra que había heredado». «A Santos lo mató Demetrio, tu padre, Amalia, porque el novio de su hija no podía tener la piel tan negra como su ternero». El mismo animal que al hacerse semental le clavaría los cuernos en el vientre. El día de su entierro mi madre dejó su desprecio y su saliva donde otros dejaban lágrimas y flores. «Si algún día llegas amar a alguien, Micaela —me dijo mientras se ponía de pie y dejaba la última piedra sobre la cruz—, defiende ese amor con lo que te quede de vida, para que al final tu alma no tenga que andar penando como cojuda por el mundo». Luego tomó mi mano, miró hacia donde estaba la Media Luna, y me dijo, con los ojos llenos de furia y tristeza, que regresaríamos a Yauría.

Cuando llegamos al pueblo, cerca al anochecer, el cielo luchaba por retener un poco de la luz del sol. Una lucha absurda que solo lo desangraba, intentando luego cubrir sus heridas con las poquitas nubes que aún le quedaban. Absurdo también era el llanto de todos los que no habían dejado de gastar sus lágrimas sobre sus muertos. «¿De qué sirven tanto llanto y tantas palabras, si ya nadie los escucha, jijunas?», dijo mi madre mientras ingresábamos al pueblo. Sin dejar de tomar mi mano rodeamos la plaza, que no era más que una piedra enorme en medio de una parcela de tierra, antes rodeada de casas de cal y adobe, y ahora cercada solo por escombros. Pronto supe que no era nuestra casa lo que veníamos a buscar. Nos dirigimos hacia el huarango, en cuya

sombra se ocultaban la mujer y las dos hijas de don Víctor. Mi madre soltó mi mano y buscó en el amasijo que llevaba atado en mi espalda el machete con el que el finadito le cortó la cabeza a una serpiente que estuvo muy cerca de morderla mientras trabajaba en los campos de algodón. Aquella fue la primera vez que la escuché hablar de un hombre con tanto entusiasmo, aunque después de aquella ocasión no volvería a pronunciar el nombre de don Víctor. Nunca más me dijo algo sobre él, pero cada vez que nos lo cruzábamos en el pueblo, sus ojos terminaban contándome muchas cosas más de las que cualquier palabra suya me podría decir. Por eso a veces he pensado que mi madre sufre el silencio mucho más que yo. A mí Dios me dejó para siempre sin palabras, pero a ella la dejaba muda el miedo. La hoja de metal empezó a arrastrarse por la tierra, y el sonido de la cicatriz que dejaba en la arena se confundía con el llanto de la viuda y las huérfanas. La mula de don Víctor, en cuyo lomo vi cabalgar más de una vez a mi madre y aquel hombre que solía dejarnos jabas de uva y de mango en nuestra puerta, se encontraba atada a una de las ramas del huarango. Y fue él quien advirtió la presencia de Amalia. Antes de que los labios de doña Carmen se atrevieran a formar una palabra, mi madre espantó su coraje levantando el machete a la altura de sus ojos. Las niñas también se callaron, y con un solo gesto de su arma, mi madre hizo que se alejaran del cuerpo de don Víctor, que se encontraba envuelto en una frazada. Sin soltar el machete ella arrastró al finado hasta donde se encontraba la mula. Luego golpeó el piso con la hoja de acero y el animal se acostó en el suelo. Con una sola mirada me pidió que la ayudara a cargar el cuerpo, y luego que yo subiera primero. Después de cortar la sogá que

ataba a la mula, ella también montó sobre su lomo. Me abracé a su cintura, y mientras nos alejábamos volví a escuchar el llanto de la viuda y de las huérfanas, al mismo tiempo que veía encenderse pequeñas hogueras en medio de una oscuridad que ya nunca más volvería a ser la nuestra. Ya lejos del pueblo me recosté sobre la espalda de mi madre y cerré los ojos. Encerrada en mi penumbra volví a encontrar la luna. Estaba ahora un poco más pequeña y lejana, pero su luz, al menos para esta noche, era más que suficiente.